

QUIPU

VIRTUAL



BOLETÍN DE CULTURA PERUANA - MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES - N° 137 13/1/2023

TILSA TSUCHIYA

PASIÓN POR LA PINTURA



LA PINTURA DE TILSA TSUCHIYA

MARÍA LAURA HERNÁNDEZ DE AGÜERO*

El nombre de Tilsa Tsuchiya hizo noticia hace pocos meses, cuando una de sus obras, *Tristán e Isolda*, se convirtió en el cuadro mejor pagado en la historia del arte peruano: 882 mil dólares, en una subasta de *Sotheby's*, en Nueva York. La artista, que pintó ese lienzo en un modesto segundo piso en la calle Portugal, en el distrito limeño de Breña, encima de la farmacia de una de sus hermanas, descansa hace cuarenta años en un cementerio de la capital peruana.

Históricamente, el Perú tuvo, después de Brasil, la segunda mayor migración japonesa de América Latina. En 1905, llegó a nuestro país el médico japonés Yoshigoro Tsuchiya, quien se casó con María Luisa Castillo, peruana con ascendencia china. De esta unión nacería en el puerto de Supe, en Barranca, el 24 de setiembre de 1928, su hija Tilsa. Si bien actualmente el nombre Tilsa



Tilsa Tsuchiya. *El mito de los sueños*, 1974

es común, en su momento era un nombre inventado, inspirado en Tirzah, hermana de Ben-Hur en la novela de Lewis Wallace. Una marca de nacimiento, con una originalidad que la acompañó toda su vida. En su adolescencia, quiso estudiar piano y medicina, pero un día se dio cuenta que estaba obsesionada con una reproducción de un cuadro de Rembrandt y así nació, decía, su amor por el arte.

Antes de cumplir los 20 años, Tilsa Tsuchiya ingresó a la Escuela Nacional de Bellas Artes. Esta primera etapa se vio eclipsada por el dolor. Una enfermedad y la prematura muerte de sus padres la alejaron de su formación y se vio obligada a trabajar. En ese tiempo, tuvo al primero de sus dos hijos y se dedicó a un negocio de vidrios y enmarcados, junto con uno de sus siete hermanos, Wilfredo, en la avenida Petit Thouars. Su fascinación por la pintura se afianzó gracias a este hermano, a quien siempre veía dibujar, y así, en sus ratos libres, comenzó a copiar cuadros de Van Gogh y Gauguin. Ahí comprendió que «el dolor no se cuenta, se pinta», como declaró en más de una oportunidad.

Al cabo de un tiempo, volvió a Bellas Artes. Carlos Quizpez Asín y Ricardo Grau fueron, entre otros, sus maestros. En 1959, se graduó en la llamada Promoción de Oro de Bellas Artes, integrada por figuras como Gerardo Chávez, Alberto Quintanilla, Milner Cahuarinaga, Enrique Galdós Rivas, Alfredo Gonzales Basurco y Oswaldo Sagastegui. De ese grupo de notables artistas, Tilsa destacó con la nota más alta: 21, calificación nunca antes vista en la historia de la Escuela, y de esa forma obtuvo el Gran Premio de Honor y Medalla de Oro y una beca a Francia para estudiar grabado en la *École des Beaux-Arts*, e Historia del Arte, en La Sorbona. El pintor Gerardo Chávez, con quien emprendió la aven-

tura de migrar a Europa, habla de ella: «La recuerdo siempre con un cigarro en la mano. Tilsa tenía una curiosa mezcla de fragilidad y fortaleza. Era delicada y sensible como su pintura, y además muy femenina, pero al mismo tiempo tenía un carácter muy fuerte. Era valiente y decidida. Nos embarcamos juntos a Europa en un barco carguero, con Alfredo Gonzales Basurco,

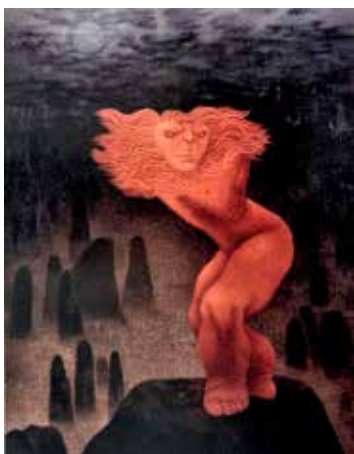
quien por entonces era su novio; era toda una audacia para la época que una mujer viaje sola. Recuerdo que en el primer tiempo pasamos toda clase de penurias, pero a ella nada la detuvo».

Instalada en París, en los años 60, fue parte de la generación de artistas y escritores que, de alguna manera, se vio reflejada en el famoso mayo de 1968, aunque ella no participó directamente en los acontecimientos, pues se hallaba de viaje en el Perú. Sin embargo, la influencia intelectual del tiempo que radicó en la capital francesa impregnó sus cuadros e iconografía. Una mezcla de leyendas, cuestionamientos y alegorías confluían con recuerdos y vivencias propias, en una obra que ella misma calificó de «metafísica, en la cual se advierte un espíritu místico». Ahí están el puma azul que sobrevuela un paisaje andino, la pareja sin brazos y con las lenguas umbilicales anudadas de su *Tristán e Isolda*, o *El mito del guerrero rojo*, inspirado en el bosque de piedra que vio de niña en Cerro de Pasco. Mitos quechuas que parecen orientales («es que los peruanos somos orientales»), personajes ambiguos rodeados de paisajes brumosos y colores suaves, a medio camino entre el cielo y la tierra. «Mi pintura es bien real. Es lo más realista que hay, los sueños son reales», declaró en una entrevista que le concedió al poeta Juan Ramírez Ruiz, en 1976.

Aunque la crítica normalmente ha ubicado la pintura de Tsuchiya en la corriente del surrealismo, es evidente que discurre por cauces singulares. «Su aporte -señala el historiador de arte Luis Eduardo Wuffarden- consistió en forjar potentes imágenes de la hibridez -entrecruzando claves autobiográficas y puntos de convergencia cultural-, que aparecen ante nosotros como percepciones exacerbadas de enigmas esenciales a la condición humana; la identidad que asoma en la obra de Tilsa es

un encuentro con lo universal».

Tras doce años en Europa, donde se casó con un francés y tuvo su segundo hijo, regresó a Lima y se instaló en el piso de Breña. Allí pintaba todas las mañanas, para aprovechar al máximo la luz, mientras destinaba las horas nocturnas al dibujo. Su trabajo era lento



T. Tsuchiya. *El mito del guerreo rojo*, 1976 y minucioso, es por eso que, al morir, dejó solo 200 obras (el 90% de las cuales se encuentran actualmente en colecciones privadas). «No le importaba demorarse todo el tiempo que fuera necesario para hacer un nuevo cuadro», declaró en una entrevista el poeta Arturo Corcuera, cuyo libro *Noe delirante* fue ilustrado por la artista. «Yo la he visto borrar cuadros que ya casi los daba por hechos. Era muy exigente consigo misma. Y encontró a un gran admirador de su obra en Rafael Lemor, que era dueño de la Galería Camino Brent, e iba a su taller y le compraba los cuadros, antes incluso de que estuvieran hechos».

¿Qué pensaba la artista de su obra? Aquí, fragmentos de la mencionada conversación con Ramírez Ruiz:

-¿Tus cuadros son vuelos de tu imaginación?

-No son vuelos.

-¿Qué son?

-Espera. Déjame ubicarme. Mira: no son vuelos. Son cosas que sé.

-Pero, ¿de donde viene ese conocimiento?

-He tratado toda mi vida de entender profundamente todo lo que es muy antiguo.

-¿Tan antiguo que te remontas a la mitología?

-Solo trato de entender el lenguaje de los símbolos.

-¿Crees que esas atmósferas, esos espacios que concibes en tus cuadros, existan en alguna dimensión?

-¡Pero si ahí vivo!

-¿Quieres decir que la realidad cotidiana que vives, se inviste de esos climas y atmósferas oníricas?

-Yo vivo jugando

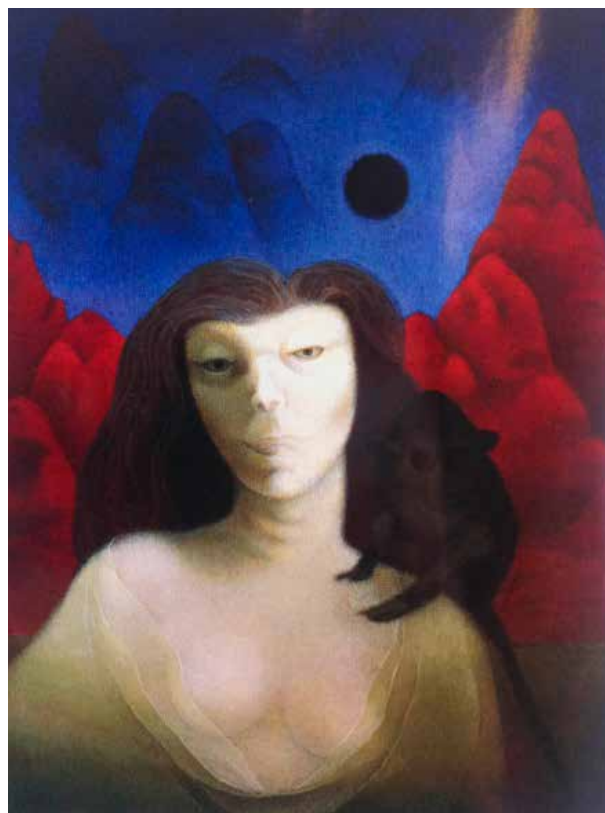
-Pero, esa diversión extraña que en el fondo dice cosas muy serias.

-Soy seria. Hay que saber jugar.

La artista tenía fama de ser una mujer hermética y solitaria, pero ella lo desmintió en esa misma entrevista: «Yo tengo muchos amigos, me traen flores, me llaman por teléfono, yo creo en la amistad», dijo. Prueba de ello fue su relación con el poeta José Watanabe y el ilustrador Lorenzo Osoreo, dos veintañeros entusiastas, que quedaron profundamente impresionados con su primera exposición y fueron a tocarle el timbre. Los recibió con alegría y té. Se volvieron amigos hasta el fin de sus días. También la artista tuvo una relación muy cercana con el pintor José Tola, quien la conoció

un día que caminaba hacia el taller de grabado en la Pontificia Universidad Católica. Durante diez años, la visitó en su casa, en una quinta ubicada por el Campo de Marte, hasta que la artista se enfermó y comenzó la agonía. «Pintábamos. Ella muy poco cada día. Yo la llevaba del taller a su cama. A veces sentía que ya no pesaba nada. Para crear ilusiones, empezamos a diseñar un taller en *Shangri-La* (su pequeña casa de campo en Puente Piedra) donde viviríamos y trabajaríamos. Ella fue una sola vez, yo trataba de demorar la casa-taller para crear más ilusiones vagas... En fin, allí terminó la cosa». Fue, también, amiga y maestra del por entonces joven pintor Bruno Zeppilli.

Tilsa Tsuchiya, un talento que no cedió a los gustos de la época ni a las demandas del mercado, no solo es considerada ahora una mujer clave en la historia del arte peruano, sino un símbolo de nuestro mestizaje. Murió de cáncer, el 23 de setiembre de 1984, cuando estaba por cumplir los 56 años. Antes de partir, le devolvió unos libros a José Watanabe. Uno de ellos tenía un separador puesto en un haiku premonitorio, que subrayó con un lápiz: «Luego de haber visto la luna / dejo esta vida / con su bendición».



Tilsa Tsuchiya. *Mujer y mono*, 1979

Elegante despedida de una artista irrepetible, con una obra cargada de misterio, que fue siempre fiel a su voz interior. «Cuando alguien mira mis cuadros siento mucha vergüenza. Es como si me estuvieran viendo por dentro», dijo alguna vez la pintora, que no era «ni arbitraria, ni caprichosa, ni odiosamente intelectual», según el diálogo en forma de poema escrito años más tarde por Watanabe.

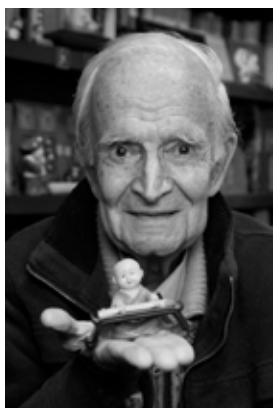
*Periodista y editora especializada en temas de cultura peruana.

En la portada: Tilsa Tsuchiya. *Tristán e Isolda*, 1975. Colección particular

GUILLERMO DAÑINO, SINÓLOGO ERUDITO

El religioso Guillermo Dañino Ribatto (Trujillo, Perú, 1929-Lima, 2023) perteneció a la congregación de los Hermanos de La Salle y, como tal, recibió la formación de educador en Arequipa. Luego, prosiguió estudios de Letras en Lima, en la Pontificia Universidad Católica del Perú, y continuó más tarde especializándose en lingüística en la *École des hautes études en sciences sociales* de París.

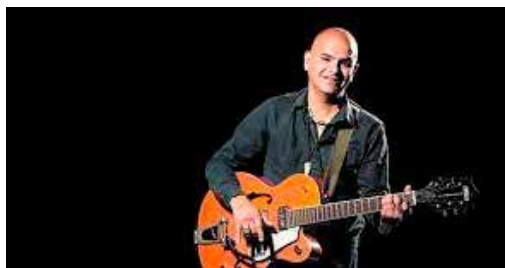
A fines de la década de 1970, Dañino se estableció en China, donde fue durante un par de décadas profesor de español y de literaturas hispanas en la Universidad de Pekín o Beijing y en la Universidad de Nanjing. Tenía más de cuarenta años cuando empezó a estudiar, con ejemplar constancia, el chino mandarín. Al cabo de los años, se convirtió en un experto en esta lengua y en un conocedor de las tradiciones culturales del que fuera llamado durante siglos Imperio Celeste, hasta convertirse en la actual República Popular China.



Las primeras traducciones que hizo Guillermo Dañino de los poetas clásicos chinos aparecieron inicialmente en Lima, en el sello de la PUCP. Poco después, empezaron a ser publicadas en la editorial española Hiperión, en ediciones bilingües con caracteres modernos y la lectura en pinyin al pie. Entre sus principales y celebradas compilaciones de estos poetas memorables pueden mencionarse *La montaña vacía* (2004) de Wang Wei, *Bosque de pinceles* (2006) de Tu Fu, *El maestro de los cinco sauces* (2006) de Tao Yuanming, *Manantial de vino* (2016) de Li Bai y la antología *La pagoda blanca. Cien poemas de la dinastía Tang* (2000).

Pero Guillermo Dañino no fue solo religioso, traductor, catedrático universitario -ejerció también la docencia a su vuelta al Perú- y divulgador de expresiones culturales milenarias en una serie de obras, entre las que sobresale, precisamente, su *Enciclopedia de la cultura china* (2013). Mientras residía en Pekín, su apariencia lo convirtió en un socorrido actor aficionado, que figura en numerosas películas realizadas allí, donde interpretó multitud de roles de personajes del mundo occidental, incluido el papel de Mateo Ricci, el célebre misionero jesuita, en un documental sobre el Palacio Imperial que difundiera *Discovery Channel*. El ilustre y longevo sinólogo peruano, que descendía por línea paterna de José de la Torre Ugarte, autor de la letra del himno nacional, era llamado Lao Ji en China, a partir de la transcripción de su nombre al mandarín.

AGENDA



LA MÚSICA DE RAFO RÁEZ

Rafael Ráez Luna (Lima, 1968), conocido como Rafo Ráez, es un músico y cantautor peruano, que incurrió en algunas bandas rockeras cuando era un joven estudiante de antropología en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Así, a fines de los 80 integró los grupos *Se busca* y *Eutanasia*, hasta que se afirmó como solista a partir de la aparición del *demo tape* «Si pudiéramos vivir» (1994). Poco después publicó su primer álbum, *Suicida de 16 años y otras canciones* (Lima, 1996) con Mino Mele en la batería y Lucho Sanguinetti en el bajo, que, en su género, fue considerado uno de los discos peruanos más atractivos de esos años. La carrera de Ráez prosiguió con el *cd El loco y la sucia* (1998), al tiempo que se iniciaba como productor, editando cuentos musicalizados. En el nuevo siglo, forma el grupo *Rafo Ráez & Los Paranoias*, con Eduardo Cisneros (bajo), Raúl Loza (batería) y Rodrigo Ráez (guitarra), y emprende una serie de conciertos, alternados con presentaciones individuales y nuevos discos como *Obsequio* (2023), *Pez de barro* (2005), con letras del poeta José Watanabe, *Chasqui Changes* (2007) o *Huacas, burbujas y rock'n roll* (2013). Rafo Ráez ofrece estos días algunas presentaciones en Francia y España

<https://www.youtube.com/watch?v=ovnsb7-gtvc>



MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES

DIRECCIÓN GENERAL PARA ASUNTOS CULTURALES



CENTRO CULTURAL
INCA GARCILASO
Ministerio de Relaciones Exteriores
del Perú

Jr. Ucayali 391, Lima 1, Perú
quipuvirtual@rree.gob.pe

www.ccincagarcilaso.gob.pe